



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

DP41  
G3

*Esta Casa Editorial obtuvo Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Regional de Valencia de 1909 y Gran Premio de Honor en la Internacional de Buenos Aires de 1910.*

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.:**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.—VALENCIA

## UN VIAJE POR ESPAÑA

I

De París á Burdeos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Hace algunas semanas (Abril 1840) había yo soltado al descuido esta frase: «¡Me iría á España de buena gana!» A los pocos días mis amigos habían suprimido la parte condicional con que prudentemente atenué la expresión de mi deseo, y repetían á todo el mundo que me marchaba de viaje á España. Luego vino la pregunta: «¿Cuándo se va usted?» Y yo, sin saber en lo que me metía, contestaba: «Dentro de ocho días.» Pasados éstos, asombrábase la gente de verme en París. Comprendí entonces que tenía que ausentarse varios meses para librarme de los ataques de los amigos, de modo que el 1.º de Mayo resolví no importunar á la patria con mi presencia, y me metí en el coche de Burdeos.

Poco hablaré de los primeros trayectos, que nada curioso ofrecen. Entre Vendôme y Chateau-Regnault se yerguen montes altos, bajo cuyas rocas vivas abren sus viviendas los habitantes, como los trogloditas, y venden la piedra que sacan de las excavaciones. Chateau-Regnault es una población chica, de pendientes rápidas, y cuyas casas,

mal cimentadas, parecen apoyarse unas en otras para tenerse derechas. De Chateau Regnault á Tours nada hay notable: tierra en medio y filas de árboles á los lados hasta que se llega á la ciudad, célebre por las ciruelas, Rabelais y Balzac.

El aspecto de Tours es encantador. Al llegar yo, el cielo, por el cual navegaban algunas nubecillas, tenía un matiz azul suavísimo, y una línea blanca semejante á la raya trazada en un cristal por la arista de un diamante cortaba la límpida superficie del Loire; aquella línea la formaba una cascadilla originada por uno de los bancos de arena tan abundantes en aquel río; las agujas góticas de una iglesia, adornadas con bolas como los campanarios del Kremlin, daban al contorno de la ciudad cierta apariencia moscovita muy pintoresca, y los barcos de blancas velas se deslizaban con movimientos de cisne dormido por el espejo azul del río. No tuve tiempo para visitar la casa de Tristán el Ermitaño, el terrible compadre de Luis XI, la cual se conserva muy bien, con sus ornamentos formidablemente significativos, compuestos de nudos corredizos, cuerdas y otros instrumentos de tortura.

Chatelleault, famoso por la cuchillería, tiene un puente con torres antiguas en cada extremo, que hacen un efecto fudal y romántico encantador. De Poitiers, como llovía y era de noche cuando pasé por allí, nada sé sino que tiene un piso execrable.

Angulema, población caprichosamente encaramada en un collado, á cuyos pies hace sonar el Charente dos ó tres molinos, presenta cierto aspecto italiano, el cual aumentan los árboles que en grupos coronan sus fragosidades y un pino enorme abierto en forma de sombrilla, como los de las

quintas romanas. Una torre antigua, coronada (si no recuerdo mal) por un telégrafo de señales, da cierta severidad al aspecto general. Vi una casa pintarrajeada exteriormente con frescos toscamente hechos, y que representaban no sé si á Neptuno, á Baco ó á Napoleón. Como al pintor no se le ocurrió poner nombres, cualquier suposición es admisible.

Al salir del departamento del Charente se encuentra la primera *landa*. Estas son inmensas extensiones de terreno ceniciento, azulado ó morado, con ondulaciones más ó menos pronunciadas. Cortos y escasos musgos, brézos de tonos rojos y retamas enanas constituyen toda la vegetación. Aquello tiene toda la tristeza de la Tebaida egipcia, y á cada momento parece que van á desfilar dromedarios y camellos, y que el hombre nunca ha pasado por allí.

Pasada la *landa*, se entra en una región bastante pintoresca. A las orillas del camino se ven agrupadas de trecho en trecho casas, ocultas como nidos entre árboles, con tejados grandes, pozos con emparrados, bueyes de asombrado mirar y gallinas que picotean por el estiércol. Abundan las construcciones comenzadas, abandonadas por capricho y vueltas á empezar á pocos pasos; los indígenas se asemejan á niños á quienes se obsequia con juegos de arquitectura, compuestos de pedazos de madera cortados regularmente, que sirven para construir cualquier clase de edificio. A ambos lados del camino hay jardines rodeados de hermosos árboles, y esmaltados de guisantes de olor, rosas y margaritas. Más allá hay praderas, donde la hierba llega al pecho de las vacas. Un sendero lleno de fragancias agrestes; grupos de árboles que dan sombra á un carromato desengan-

chado; aldeanas con gorros anchos como el turbante de un ulema y estrecha saya colorada, mil inesperados pormenores alegran la vista y amenizan el camino. Por allí se empiezan á ver las boinas: casi todas son azules y de más elegante forma que los sombreros. También allí aparecen los primeros carros tirados por bueyes, carros de aspecto homérico y primitivo, á los cuales se unen los bueyes con un yugo común provisto de unos frontales de piel de carnero: el aspecto de los bueyes es dulce, grave y resignado, completamente escultural y digno de los bajorrelieves egipcios.

En una venta vi cierta boda, que me proporcionó ocasión para observar á los naturales del país, pues en un espacio de más de cien leguas no había yo visto diez personas. Aquella gente es fea, sobre todo las mujeres, y es imposible distinguir á una aldeana de veinticinco años de otra de sesenta; ambas están arrugadas y marchitas; en la cuadra de la posada vi un monstruoso macho cabrío, negro, con enormes cuernos en espiral y ojos amarillos y llameantes. Tenía un aspecto archidiabólico, y en la Edad Media hubiera presidido muy dignamente un aquelarre.

Atardecía cuando llegamos á Cubzac; en otro tiempo se pasaba el Dordoña en una barca, pero como la anchura y rapidez del río hacían la travesía peligrosa, ha sustituido á la barca un puente colgante atrevidísimo. Poco admirador soy de las invenciones modernas, pero aquella obra es realmente digna de Egipto ó Roma, por sus dimensiones colosales y su grandioso aspecto; el gigantesco genio arquitectónico de los Faraones no habría desdeñado el puente de Cubzac.

Una ó dos horas después, las luces del puente de Burdeos, otra maravilla de aspecto menos her-

moso, centelleaban á cierta distancia, demasiado larga para mi apetito, ya que la rapidez del viaje se alcanza á expensas del estómago del viajero. Después de haber consumido pastillas de chocolate, galletas y otras provisiones, empezábamos á sentir intenciones de canibal. Mis compañeros me miraban con ojos hambrientos, y de no parar pronto hubiéramos repetido los horrores de la balsa de la *Medusa*: nos habríamos comido los tirantes, las suelas de los zapatos, los sombreros y otros alimentos para uso de los náufragos, que los digieren perfectamente.

Al bajar del coche, además de la multitud de mozos que quieren apoderarse del equipaje, asaltan al viajero, como para cazarle al vuelo, innumerables *ganchos* enviados por los amos de las fondas. Desgañitase aquella canalla, mezclando en confusa algarabía injurias y elogios. Uno le agarra á usted del brazo, otro de las piernas, éste del faldón de la levita, aquél del botón del gabán.—¡Venga usted á la fonda de Nantes, que es muy buena, caballero!...—No, no vaya usted allí, que es la fonda de los chinches, y así se debiera llamar—interrompe el representante de otra posada.—¡Fonda de Ruán! Fonda de Francia!—grita la gentuza que sigue al viajero, vociferando—. En tal parte no limpian las cazuelas; en tal otra guisan con sebo; hay muchas goteras; le robarán á usted, le asesinarán...—Cada uno procura desacreditar á los otros establecimientos, y no dejan al viajero hasta que éste entra definitivamente en una fonda cualquiera. Entonces los perseguidores ríen unos con otros, se llaman bandidos, ladrones y otras injurias no menos verosímiles, andan á golpes y después se apresuran á perseguir otra presa.

Burdeos se parece mucho á Versalles en los

edificios; las calles son más anchas, las casas más anchurosas, las habitaciones más altas que en París, y el teatro es enorme, pero aunque los habitantes hacen cuanto pueden por parecer muchos, no basta toda su turbulencia meridional para llenar la ciudad y ocupar aquellas desproporcionadas construcciones. En las altas ventanas faltan cortinas, y la hierba crece melancólica en los inmensos patios. Las modistillas y las muchachas del pueblo, que son muy bonitas, de nariz recta, mejillas sin pómulos y grandes ojos negros en óvalo pálido, son las que animan la población. Llevan en la cabeza un pañuelo de colores vivos, echado hacia atrás, como los de las criollas, y envuelven el cuerpo en un mantón grande, que cae recto hasta los pies, y en una falda de indiana con pliegues largos. Tienen el andar garboso y vivo, la cintura cimbreante, flexible y delgada por naturaleza. Llevan en la cabeza los cestos, los líos y los cántaros de agua, que son, dicho sea de paso, de elegante forma. Parecen muchachas griegas, princesas Nausicaas, que van á la fuente con el ánfora en la cabeza.

Un compañero y yo fuimos á la torre de San Miguel, donde hay una cripta que tiene la propiedad de momificar los cuerpos en ella depositados.

Ocupa el último piso de la torre la familia del guarda: cocinan á la entrada de la cripta y viven allí en la más íntima familiaridad con sus espantables vecinos. Cogió el hombre un farol y bajamos por una escalera espiral, de gastados peldaños, á la sala fúnebre. Unos cuarenta difuntos están de pie, apoyados en el muro. Aquella actitud vertical, que contrasta con la acostumbrada horizontalidad de los cadáveres, les da cierta espantosa apariencia de vida fantástica, sobre todo á la

claridad amarillenta y trémula del farol, que oscila en manos del guarda y da movimiento á las sombras.

No produjo pesadilla más horrible la imaginación de poetas ó pintores; nada son los más monstruosos caprichos de Goya, los delirios de Luis Boulanger, las diabluras de Teniers y Callot comparados con aquello. Nunca salieron más abominables espectros de la noche alemana. Dignos son de figurar en el aquelarre del Brocken junto á las brujas del Fausto.

Son figuras torcidas y convulsas, con cráneos pelados, costados entreabiertos que permiten ver, á través del enrejado de las costillas, pulmones disecados y marchitos como esponjas. En unos sitios la carne se ha reducido á polvo y aparece el hueso; en otros, la apergaminada piel, no sostenida ya por las fibras del tejido celular, flota alrededor del esqueleto como otro sudario: ninguna de aquellas cabezas tiene la calma impasible que, como sello supremo, imprime la muerte á cuantos toca: bostezan horriblemente las bocas, como si las contrajera el inconmensurable aburrimiento de la eternidad, ú ostentan la sonrisa sardónica de la nada que se mofa de la vida; las mandíbulas aparecen dislocadas, hinchados los músculos del cuello; crispanse con furia los puños; encórvase la espina dorsal con desesperadas torsiones. Parece que los irrita que los hayan sacado de sus tumbas y turbe su sueño profana curiosidad.

El guarda nos enseñó un general muerto en desafío, un mozo de cuerda que murió de repente al levantar un peso enorme, una negra de no más obscuro color que las blancas puestas á su lado, una mujer que conserva toda la dentadura y la lengua casi fresca, una familia envenenada con

setas, y como horror supremo, un niño que debió ser enterrado vivo.

Llega esta figura á lo sublime del dolor y la desesperación: nunca alcanzó tal extremo la expresión del poder humano; clávanse las uñas en las palmas de las manos; tienen los nervios la tensión de las cuerdas de un violín; las rodillas se doblan en ángulo convulso; la cabeza se echa violentamente hacia atrás; el pobre niño, en inaudito esfuerzo, dió vuelta en el ataúd.

El Museo, situado en la Casa Consistorial, encierra cuadros muy notables: entre otros, dos de Bega, que son dos perlas inestimables; hay otros de Ostade, delicadísimos; de Tiépolo, fantásticos y caprichosos; de Jordaens, de Van Dick, y un cuadro gótico que debe de ser de Chirlandajo ó de Fiésolo.

En Burdeos la influencia española empieza á sentirse. Casi todas las muestras están en ambos idiomas. Los libreros tienen, por lo menos, tantos libros españoles como franceses. Mucha gente habla en la lengua de Don Quijote y Guzmán de Alfarache.

Aumenta este influjo á medida que se aproxima la frontera, y á decir verdad, el matiz español en esta media tinta se sobrepone al matiz francés. El *patois* que habla la gente del país tiene más de español que del lenguaje de la madre patria.

## II

## Bayona.—El contrabando humano

Las *landas* se ven de nuevo al salir de Burdeos, más tristes, si es posible; retamares y pinos separados unos de otros, algún pastor hurraño que guarda acurrucado un rebaño de carneros negros y cabañas semejantes al *wigwam* de un indio, ofrecen un espectáculo lúgubre y muy poco recreativo. Los pinos, con cortes de los cuales brota la resina, presentan lamentable aspecto. Aquellos árboles enfermizos, privados de parte de su savia, parecen formar un bosque injustamente asesinado que alza el cielo los brazos en demanda de justicia.

Recortóse luego un contorno azulado en el fondo pálido del cielo: era la cordillera Pirenaica. Pocos momentos después, una casi invisible línea cerúlea, representación del Océano, nos indicó nuestra llegada á Bayona, que se aparecía bajo la forma de un montón de tejas aplastadas, con un campanario rechoncho. No quiero hablar mal de Bayona, porque una población vista en día de lluvia siempre es fea. Casi española es Bayona por el idioma y las costumbres; la fonda en que paramos se llamaba de San Esteban. Cuando se supo que iba yo á viajar por la Península, me dieron toda clase de consejos: «Compre usted fajas coloradas para sujetarse el vientre; provéase de trabucos, de peines y de agua insecticida; llévase galletas y provisiones.